

hay que achacarlo todo á la filosofía, cuya influencia no hubiera surtido efecto sin el temperamento del pueblo francés, impresionable, impaciente, apasionado y extremoso, como lo muestran las exageraciones en que ha incurrido en todas las grandes fases de su historia, lo mismo cuando la desmembración de la soberanía bajo el régimen feudal, que cuando la centralización del poder bajo la monarquía absoluta. Al temperamento francés, tanto ó más que á la filosofía, hay que atribuir, pues, los extravíos y locuras de la Revolución francesa.

Despréndese claramente de lo que antecede, que todo el proceso de la Revolución, desde la constitución del noventa y uno hasta la muerte de Robespierre, fué violento, desaminado, falso é insostenible, por ser contrario á las creencias, deseos y necesidades de la masa social, y en su consecuencia, que todo cuanto en este periodo se edificó, como edificado en el aire, tenía que ser destruido, por un proceso de retroceso, hasta volver á una constitución en armonía con el material constituyente, con las energías sociales, á una constitución timocrática, semejante á la inglesa. Este movimiento de retroceso es el que informa toda la historia de Francia, desde la muerte de Robespierre hasta la restauración de mil ochocientos catorce, que es propiamente y debe llamarse segunda parte, parte descendente ó regresiva, de la Revolución. Fijado de esta suerte el sentido general de este periodo de la Historia en que vamos á entrar, prosigamos el curso de los sucesos.

La muerte de Robespierre fué como la resurrección de Francia. «¡Todo acabó! ¡Robespierre ha muerto!», gritaban á los presos los habitantes de las casas inmediatas á las cárceles de París la mañana del diez del Thermidor, y los presos, que ya se habían resignado á una próxima muerte, vieron abríseles de nuevo las puertas de la vida, se arrojaron los unos en brazos de los otros, lloraron, rieron, saltaron, ebrios de gozo y de esperanza. Tan profundo era su convencimiento de que Robespierre y el Terror eran una misma cosa, y de que muerto el uno, muerto quedaba el otro. Muchos recobraron la libertad aquel mismo día, y los demás concibieron la seguridad de gozarla en breve plazo. El mismo júbilo que en las cárceles estalló en todos los puntos, en París y en provincias, en las pequeñas y en las grandes ciudades, con una espontaneidad y una fuerza que dejaron estupefactos á los más obstinados terroristas y suscitaron graves reflexiones en los revolucionarios más inteligentes. El miedo huyó de todos los pechos. Personas que hacía tiempo vivían escondidas salieron inmediatamente á la calle, con gran asombro de los agentes del gobierno revolucionario, que aturdidos con lo extraordinario del golpe, no sabían qué hacerse. Muchísimos que habían emigrado de su provincia á París en busca de seguridad, asaltaban los coches para ir á anunciar á los suyos la nueva de la libertad, siendo detenidos en el camino por todos los viajeros que tropezaban, ávidos de conocer detalles del inesperado suceso. Sobre la Convención llovieron sinnúmero de felicitaciones, de comunicaciones, de cartas de sociedades revolucionarias ó de representantes en comisión, que re-

petían: «Catilina ya no existe; la República está salvada». ¿Qué triste condición la de la naturaleza humana! Todos los revolucionarios á una deprimen ahora á los que tanto habían exaltado antes. Distinguiéronse en este particular los procónsules de las provincias, todos los cuales, no bien enterados de la derrota y suplicio de Robespierre, se apresuraron á enviar su comunicación inclinando la cabeza ante la revolución de Thermidor é insultando á los vencidos, sin que uno solo de ellos protestase. También en el extranjero se recogieron los reyes y los aristócratas, aunque por motivos bien distintos que los franceses. Mientras que para éstos Robespierre era todo el terror, para los gobiernos extranjeros Robespierre era toda la fuerza de la Revolución, y creían que, una vez desaparecido, se hundiría ésta en la anarquía.

Transcurridos dos días en recibir felicitaciones, recompensar los actos de valor y votar monumentos que inmortalizasen la gran jornada del nueve, la Convención pasó á ocuparse en las medidas que demandaba la nueva situación. En este punto, encontráronse frente á frente la Convención y los comités de Salvación pública y de Seguridad general. La estructura de la Convención había variado radicalmente, viéndose mezclados y confundidos los restos de todos los partidos en el nuevo partido de coalición llamado thermidoriano. Hasta montañeses de los que con más violencia se habían conducido en los departamentos como procónsules, se sentaban ahora en los bancos del centro ó de la derecha. Con la estructura habían variado las actitudes. El nuevo partido thermidoriano aspiraba á concluir con la tiranía de los comités y devolver á la Convención el ejercicio de la soberanía, lo contrario de lo que pensaban los ultraterroristas de los comités, quienes, si se habían decidido á deseubazararse por la guillotina de Robespierre, Saint-Just y Couthón, habían sido con el exclusivo objeto de defender su vida, de no ser guillotinado á su vez sin otra mira ulterior, y contaban con que las cosas seguirían en el mismo estado, sin tocar al reinado del Terror, que habían sostenido con más exageración aún que el mismo Robespierre. En un solo punto convenían la Convención y los comités: en separar de los cargos públicos á los agentes y hechuras de Maximiliano. Así, juntos votaron la destitución de los jueces y jurados del Tribunal revolucionario, y la supresión de las comisiones populares de Lyon y del Mediodía. Mas cuando Barere pidió á la Asamblea que hasta el veintiuno, día de la renovación de ésta, se nombrasen tres nuevos individuos en sustitución de los que acababan de ser guillotinado, Dubois-Crancé, Cambón y Tallien se opusieron ó hicieron decretar que el Comité de Salvación pública se renovaría todos los meses por cuartas partes, y en previsión de que este decreto fuese burlado mediante la reelección, Delmas propuso, y se acordó, que ningún individuo podría reingresar en ningún comité hasta un mes después de haber salido de él. Al día siguiente, se cubrieron las seis vacantes que había en el Comité de Salvación pública, sin que figurase entre los elegidos ninguno de los propuestos por Barere: acto de energía, con el que la Convención expresó su

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

decidida voluntad de no dejarse avasallar por sus delegados. Inmediatamente, se procedió á depurar el Comité de Seguridad general, siendo lanzados de él los sectarios de Robespierre, entre ellos el Pintor David, y reemplazados por personas de sentimientos más humanos. Una sola medida faltaba para que la Convención recobrase por entero su independencia, á saber, revocar el decreto que autorizaba á los comités á detener á los diputados, lo que se votó á propuesta de Legendre. Con este acto, la Asamblea quedó reintegrada en sus funciones; su triunfo sobre los comités fué completo.

¿Qué política va á desarrollar la Asamblea? La que se contiene implícitamente en los actos que acabamos de referir: la de la clemencia, por la que había muerto Dantón. Poco tardó en expresarlo paladinamente aboliendo, á propuesta de Lecointre, la funesta ley Pradial que tantas víctimas había causado, con lo que el Tribunal revolucionario se reorganizó tal como estaba antes de aquella ley; y si bien es cierto que aun así todo dependía de la voluntad de los jueces, no lo es menos que, con un espíritu nuevo y personas nuevas, los acusados tuvieron seguras garantías y se multiplicaron las absoluciones. Ya no se veía en el tribunal la siniestra figura de Fouquier-Tinville, á quien no salvó de la acusación el haber abandonado á Robespierre. «Pido, dijo Freron á la Convención, que se vaya á los infiernos á expiar la sangre que ha vertido;» y á los infiernos se le mandó.—«Imposible, gritó otro diputado, sentarse al lado de Lebón;» y el procónsul que había ensangrentado la ciudad de Arras, fué también arrestado. Igualmente lo fueron, y por motivos sobradísimos, Heron, jefe de los agentes de la policía creada por Robespierre, y Hermann, antecesor de Dumas en la presidencia del Tribunal revolucionario. Al paso que así se castigaba á los instrumentos del Terror, justo era que se volviese á la vida á sus víctimas, los millares de personas que se pudrían en las cárceles de París. A propuesta de Bourdon de l'Oise, la Convención acordó que el Comité de Seguridad general pusiese en libertad á todos los ciudadanos detenidos sin motivo, ó por motivos no fijados en la ley de diez y siete de Septiembre del noventa y tres, con lo que bastó para que muchas cárceles se vaciasen por completo. ¡Qué hermoso y conmovedor espectáculo el de la salida de los presos! Todo París corrió á las puertas de las cárceles á verlos salir, y no por curiosidad vana, sino por piadoso regocijo, para celebrar con ello la libertad, para abrazarlos y agasajarlos, sin fijarse en el partido ó clase á que pertenecieran. ¡Qué sorpresa al ver que la inmensa mayoría de los presos eran ó excelentes patriotas, ó celebridades de universal fama en las ciencias, las letras ó las artes! Cómo no enternecerse y llorar al ver salir á los cien nanteses que habían defendido valerosamente su ciudad contra los vendeanos; al general Hoche, el salvador de Landau; á Tomás Payne, el gran ciudadano de los dos mundos, libertador de América, que había abandonado su país por Francia; al tan ponderado Florián; á Parny, cuyos versos se sabían de memoria todos los franceses; á Senacour, el autor de *Obermann*; á Figaro y Susana, actores predilectos del público, y otros mil! ¡Y en qué

estado salían! Hasta las piedras se conmovían al verlos. Pálidos, macilentos, encorvados con el vestido sucio, raído, hecho cien girones. Los hombres parecían pordioseros: las mujeres, miserables obreras. ¿A donde iban? Muchos lo ignoraban. Sus familias habían desaparecido; sus casas estaban cerradas y selladas, ó habían sido desmuebladas y vendidas. Pero ninguno se quedó en la calle; la caridad proveyó á todo. A nadie faltó ó un antiguo criado, ó un amigo fiel, ó una persona bondadosa que le recogiese y le albergase en su casa. De París, la clemencia se extendió á las provincias. Por una parte, se limitó la duración de las comisiones de los diputados á seis meses en el ejército, á tres en los departamentos; por otra, la ley de *Messidor*, nueve de Junio del noventa y cuatro, por la que se había excarcelado provisionalmente á los agricultores y artesanos de los municipios menores de mil doscientas almas, se aplicó á todos los ayuntamientos de la nación, con lo que recobraron la libertad miles de infelices que habían sido arrestados por los más frívolos motivos.

La soltura de los presos y la aparición en los sitios públicos de numerosos enemigos manifiestos de la Revolución, con la alegría impresa en los semblantes, hicieron pensar por un momento á la Asamblea si habría ido demasiado lejos en el camino de la clemencia, y bajo la influencia de este recelo, acordó, el veintitrés de Thermidor, que se imprimiese la lista de los individuos libertados y que se pusiese, al lado del nombre de cada uno, el de la persona que hubiese pedido su libertad y respondido de sus opiniones. Esta medida causó general espanto, temiéndose que semejante lista pudiese servir para ejercer nuevos rigores si algún día se restablecía el régimen del Terror, y se recurrió contra ella ante la Asamblea. En la sesión del veintiséis del propio mes, un diputado llegó á pedir que los excarcelados cuyos fiadores no se presentasen á dar sus nombres, fuesen arrestados de nuevo. Con este motivo se suscitó una discusión acalorada. «Ciudadanos, dijo Legendre, yo os pido la revocación de la ley del veintitrés, que ha disipado la alegría pública y helado todos los corazones». Se transigió acordándose que solamente se imprimirían los nombres de los excarcelados, no los de los fiadores. Tallien, el tirano de Bordeus, se erigió ahora en abogado, y abogado excelente, de la clemencia. «Pussto que habéis decretado, dijo, imprimir la lista de los ciudadanos vueltos á la libertad, no podéis negaros á publicar la de los que los hicieron encarcelar. Es justo que todo el mundo conozca á los que denunciaban y hacían arrestar á tan buenos patriotas.» Parecióle de perlas á la Asamblea la proposición de Tallien, y la votó; pero al minuto cayó en la cuenta de que publicar aquellas dos listas era encender la *guerra civil*, y á voz en grito lo declararon varios diputados. «Sí, replicó Tallien desde la tribuna, sí; es la guerra civil. Vuestros dos decretos pondrán frente á frente dos clases de hombres que no podrán perdonarse. Precisamente mi intención, al proponeros el segundo decreto, ha sido haceros notar lo desatinado del primero. Ahora os propongo la revocación de los dos.» Y en efecto, los dos decretos fueron revocados.

Llególe el turno á la reorganización de los comités y del gobierno provisional que había de regir hasta la paz. De tal suerte preocupaba á la Convención el fantasma de la tiranía, que le parecían pocas todas las precauciones para cerrarle el paso; mas tampoco quería llegar al extremo de debilitar la autoridad encargada de salvar la Revolución. Difícil era conciliar estos dos términos. No lo había logrado al decretar la renovación mensual de los comités por cuartas partes y la prohibición de ser reelegidos sus individuos hasta un mes después de haber cesado, con lo que, al tiempo que impedía la dictadura, impedía también la buena administración; porque no había en un mes tiempo ni para imponerse en la marcha de los negocios, y caso de tropezarse con una capacidad, no se la podría aprovechar, sería arrebatada al Estado á los treinta días. No fué más afortunada la Convención en las medidas que tomó ahora. El antiguo Comité de Salvación pública, encargado soberanamente de lo que interesaba á la salvación del Estado, tenía la prerrogativa de convocar á los otros comités para que le diesen cuenta de sus operaciones, con lo que se mantenía la unidad en el gobierno. Esta unidad, tan necesaria para el acierto en la dirección se suprime ahora creándose diez y seis comités, con atribuciones perfectamente definidas é independientes los unos de los otros, á saber, de Salvación pública, de Seguridad general, de Hacienda, de Legislación, de Instrucción pública, de Agricultura y Artes, de Comercio y abastecimientos, de Trabajos públicos, de Transportes, Militar, de la Marina y de las Colonias, de Socorros públicos, de División, de Procesos verbales y Archivos, de Peticiones, Correspondencia y Despachos, de los Inspectores del Palacio Nacional. El comité de Salvación pública conservó la dirección de las operaciones militares y diplomáticas, y se compuso de doce individuos; el de Seguridad general tuvo á su cargo la policía, y sus individuos fueron diez y seis; al de Hacienda, por la multiplicidad de sus operaciones, se le dieron cuarenta y ocho plazas, los restantes constaron ya de doce, ya de diez y seis. Solamente para tratar de asuntos que á todos concerniesen, podrían reunirse en junta general todos los comités. Como se ve, la omnimoda autoridad del antiguo Comité de Salvación pública es reemplazada por una multitud de autoridades rivales, expuestas á entorpecerse y estorbarse á todas horas. Ciertamente, se le corta la cabeza á la tiranía; pero la autoridad queda por todo extremo debilitada.

Después del nueve Thermidor, no se levantó un partido, ni siquiera un grupo de diputados, obrando conformes á un plan fijo y con una finalidad consciente. El partido revolucionario apareció dividido al principio en tres grupos: la cola de Robespierre, el bando de Billaud y Collot y el grupo acaudillado por Tallien, los dos Merlin, Legendre y Bourdon. Acercándose Billaud y Collot á los robespierristas y reconciliándose los otros con los moderados, se formaron dos partidos, el terrorista y el thermidoriano, que vivieron en continua lucha, buscando y hallando en lo que se había hecho y en lo que se trataba de hacer motivos de recíprocos ataques. Todo lo malo que había ocurrido se imputaba á los

individuos de los antiguos comités, contra los que dirigían certeros y mortales tiros los thermidorianos. Distinguíase entre éstos Lecointre, por su carácter fogoso é intrépido, expresándose con una insolencia que sus mismos compañeros le censuraban, el cual formó el propósito de denunciar á Billaud, Collot y Barere, del antiguo Comité de Salvación pública; á David, Vadier, Amat y Voulland, del Comité de Seguridad general como cómplices y continuadores de Robespierre. En vano trataron de disuadirle sus correligionarios Tallien y Legendre; en la sesión del doce de Fructidor, veintinueve de Agosto, formuló en la Asamblea sus veintiséis capítulos de acusación. Ahora comenzaron á percatarse los terroristas de que, al trabajar en perder á Robespierre, habían trabajado en perderse á sí mismos. Verdad es que los denunciados habían cometido grandes iniquidades, pero todo era preferible á entrar en el peligroso y lóbrego camino de las represalias. Un diputado joven y valeroso, republicano sincero y ferviente, poco conocido en la Convención, pero muy popular en el ejército, Alejandro Goujón, protestó contra la «semilla de división» que se acababa de lanzar en medio de la Asamblea, é hizo notar que los reproches dirigidos contra los acusados recaían sobre la Convención misma. «Si, la Convención es á la que se acusa, el pueblo francés al que se procesa, puesto que la una y el otro han sufrido la tiranía del infame Robespierre. Debry os lo decía hace poco: los aristócratas son los que formulan ó imponen todas estas proposiciones».—«Y los ladrones», añadieron algunas voces.—«Pido, terminó Goujón, que la discusión cese ahora mismo». Varios diputados, muy en particular Billaud, piden que la discusión continúe, á lo que se opone Cambón, que repite con enojo lo mismo que Goujón había expresado con dolor, y su impetuosa palabra causó tanto mayor efecto cuanto que su defensa era desinteresada, no habiendo pertenecido jamás á los comités. Puso fin al altercado el presidente, que lo era Thuriot, con estas palabras: «Por una parte, el interés público pide que esta discusión termine; por otra, el interés de los acusados exige que continúe; conciliemos ambos extremos pasando á la orden del día y declarando que la Asamblea ha oído esta proposición con indignación profunda». La Convención fué más allá; al día siguiente después de una sesión larga y tempestuosa, declaró falsa y calumniosa la acusación de Lecointre. Mas esto no era exacto. Aunque no todos los cargos fuesen fundados, Lecointre había sido imprudente, mas no calumniador. Su acusación, sin embargo, surtió efecto. Billaud y Collot dimitieron, y como á Barere le tocase salir por sorteo, no quedaron en el Comité de Salvación pública, de sus antiguos individuos, más que Carnot, Prieur y Lindet. Tanto en este Comité como en el de Seguridad general, que también se renovó entonces por la cuarta parte, la mayoría de los que ingresaron fueron dantonistas. Mas ¡ah!, que los dantonistas no eran Dantón; no tenían ni carácter, ni orientación, ni plan; en vez de dirigir, iban á ser dirigidos.

Contra la Convención forzosamente habían de levantarse los jacobinos, fieles devotos

BIBLIOTECA ALFONSO XIII